Antón Costas

Obstáculos a la ambición de crecer

De pequeña tienda en el Eixample de Barcelona a empresa global. La semana pasada Mariano Puig explicó en el Círculo de Economía esta trayectoria de éxito de una empresa familiar catalana en los últimos cien años. Cada una de las tres generaciones ha protagonizado sendas etapas de crecimiento. La primera construyó una empresa española; la segunda, a la que pertenece Mariano Puig y sus tres hermanos, la convirtió en una empresa internacional; y la tercera, la que ahora está al frente, en una empresa global de moda, perfumería y cosmética. Un ejemplo de la ambición de crecer.

Crecer es una necesidad y una garantía de resultados. Todos los atributos que se pueda desear de una empresa están relacionados con su tamaño. Y, por extensión, todas las virtudes de una economía al tamaño medio de sus empresas.

En este sentido, esta dura y larga crisis deja dos lecciones importantes.

La primera es que el tamaño es relevante para sobrevivir en tiempos de crisis. La mayor parte de las empresas que no han podido con los rigores de la recesión y la sequía de crédito eran de tamaño pequeño. Mal que bien, las medianas han salido adelante.

La segunda es que no depender sólo del mercado interno es necesario para capear los vientos de una crisis. No tener todos los huevos en una misma cesta reduce los riesgos. La exportación y la implantación exterior ayuda, y mucho, a sobrellevar los malas épocas del mercado interno.

De hecho, la crisis ha traído una sorpresa inesperada. En los últimos quince años, incluida la etapa de crisis, la española ha sido la economía de la OCDE que mejor capacidad relativa ha mostrado para mantener su cuota de exportación en los mercados internacionales y para diversificar sus destinos. Una verdadera revolución de las exportaciones.

Esta revolución dice algo bueno, que frecuentemente no valoramos, sobre la capacidad competitiva de nuestra economía. No todo fue una fiesta durante los años de bonanza del crédito, como dije en mi anterior artículo. Muchas empresas hicieron los deberes. De lo contrario, esta revolución de las exportaciones no tendría explicación.

¿Quiénes han sido los protagonistas de esta revolución? Fundamentalmente, las empresas grandes y medianas, además de algunas pequeñas con ambición global.

Entonces, ¿cuál es el problema? Que el tamaño medio de nuestro tejido empresarial es muy pequeño. Es decir, tenemos un porcentaje de empresas pequeñas o muy pequeñas desproporcionadamente alto en comparación con el que deberíamos tener si nos comparamos con países similares.

IGNOT

Cuando preguntamos por la causa, la respuesta acostumbra a ser que es propio de nuestra idiosincrasia ser pequeño. Al parecer hay algo en nuestra cultura y nuestro ADN empresarial que nos lleva al enanismo. A preferir ser cabeza de ratón que cola de león.

Vale. Pero entonces tenemos que explicar un dato sorprendente. Muchas empresas pierden la ambición de crecer y prefieren seguir siendo pequeñas cuando llegan a los seis millones de euros de facturación. Exactamente esa cantidad. Extraño, ¿no?

¿Por qué la providencia habría fijado en nuestro caso este volumen y no, por ejemplo, cinco millones o nueve millones de euros? Posiblemente la providencia no tiene nada que ver en esto. Un umbral tan preciso a partir del cual muchos prefieren quedarse pequeños sugiere que hay obstáculos de naturaleza más humana y prosaica.

La evidencia empírica de que disponemos, así como la evidencia anecdótica –las historias que cuentan empresarios que deciden no crecer–, dice claramente que tiene que ver con dos aspectos. El primero, el hecho de que la regulación pública relativa al régimen fiscal, financiero, laboral y administrativo cambia cuando dejas de ser pequeño. Este cambio lleva a muchos a abandonar la ambición de crecer. El segundo, que la mayor parte de las políticas públicas de apoyo a las pymes son ayudas para no crecer. Si se sobrepasa ese umbral, se pierde el derecho a ayudas.

Es decir, el liliputismo empresarial es en buena parte provocado por las regulaciones y las políticas públicas. Esto no tiene sentido. Es necesario un giro en el enfoque. El criterio prioritario debe ser eliminar esos obstáculos a la ambición de crecer e internacionalizarse.

El momento es propicio. Aunque parezca paradójico, las crisis son momentos de oportunidad. Desde su privilegiada atalaya de presidente de la Fira de Barcelona, Josep Lluís Bonet ha comentado que las empresas que exportan más del 50% lo comenzaron a hacer en la crisis de 1992; las que exportan más de 25% lo hicieron en la crisis de las *puntocom*; y, las que exportan alrededor de un 7% son las que han comenzado a hacerlo en esta crisis.

Para ello necesitamos poner en marcha una colaboración público-privada de múltiples dimensiones orientada, por un lado, a favorecer el crecimiento y, por otro, a la internacionalización. De esa manera, la siguiente crisis nos cogerá mejor preparados.●

A. COSTAS, *catedrático de Economía de la Universitat de Barcelona*

DEBATE. Retos educativos / **Anna Pagès**

Educación y presentismo

En el contacto cotidiano con jóvenes, a veces se constata un fenómeno interesante: se comportan como amnésicos, no registran lo que se acaba de decir o de hacer. Su capacidad de borrarlo todo en un flash es notable. Entonces preguntan como si nada, fugados del instante anterior, y debemos acudir al rescate. Ayudarles a recordar, pero ¿qué? No es una amnesia verdadera, ni siquiera un problema de atención, sino un presente sin antecedentes.

Vivimos una época de presentismo: el pasado se ha vuelto extraño y en fuga. Pregunto a mis alumnos qué saben de la Guerra Civil, qué sucedió en sus familias. Muchos no saben nada, y si alguna vez les contaron algo, no recuerdan cómo ni dónde. Otros relatan una serie de circuitos, viajes y exilios desarticulados. Todos han estudiado el tema de la Guerra Civil en la escuela. Sin embargo, describen una época deambulante, ahistórica. La ruptura con el pasado es casi total, como lo que aprendieron en la escuela: no se acuerdan, porque el tema no entró en el examen. La historia no queda integrada en la subjetividad de estos jóvenes, ni en la de sus personas más cercanas: a veces no saben casi nada de la vida pasada de sus amigos, incluso de sus familiares más próximos. No saben, no preguntan.

La memoria rescata los jirones de recuerdos y los convierte en una base que sostiene nuestra propia historia, subjetiva y cultural. Las circunstancias concretas de nuestra existencia se ordenan a partir de lo que pasó cuando aún no estábamos. Sin pasado, no hay donde inscribir el ahora, que deambula por ahí en una sucesión de momentos siempre inmediatos. ¿Podemos detener el vagabundeo por el presente? El vínculo con el pasado nos define al inscribirnos en una genealogía más allá de la genética. Sin saber no sólo de quién, sino de qué idea y deseo hemos nacido, quedamos huérfanos de nosotros mismos.

La pregunta de los jóvenes de hoy no responde por lo tanto a una amnesia o a una distracción momentánea, sino a la dificultad en subjetivizar los *recientes* que andan sueltos. En este contexto, la educación debe realizar un laborioso esfuerzo de historización individual y colectiva, que permita a estos jóvenes construir un tiempo representable en el que puedan alojarse.●

A. PAGÈS, *profesora de la facultad de Ciencias de la Educación de Blanquerna-URL*

Pilar Rahola

Señorías en comisión

Se zampó a los diputados con patatas. ¿Por qué? ¿Jordi Pujol Ferrusola no esconde nada? o ¿ha dicho toda la verdad? Desgraciadamente, no tengo información para saber la respuesta a estas preguntas, aunque me temo que este señor esconde tanto como habla. El lío de los Pujol es un monumental *Falcon Crest* a la catalana, en cuyo sarao cabe todo: mentiras presidenciales, coches de lujo, viajes esperpénticos con novias friquis, informes dudosos de cloacas estatales, dinero viajando por paraísos fiscales, etcétera. Y, sobrevolando el espectáculo, la sospecha de vidriosa promiscuidad entre lo público y lo privado. Ciertamente huele mal, y de ahí la brutal destrucción del patrimonio político de un hombre que, durante veintitrés años, lo fue todo en Catalunya.

Sin embargo, más allá de los dimes y diretes y de la monumental ceremonia de la confusión a que juegan todos, tanto ellos mismos como los que quieren cargarse el proceso catalán a través de Pujol, ¿qué sabemos exactamente? Porque las sospechas viajan en crucero pero, hasta el momento, las certezas no van ni a la velocidad del caracol. Es cierto que el proceso judicial abierto debe poner letra menuda y precisa a los titulares huecos de este escándalo, y no sería extraño que mucho de lo publicado fuera literalmente mentira.

La comisión parlamentaria se ha convertido en un plató de televisión con tertulia incorporada

Tiempo al tiempo, que el tiempo anuncia sorpresas.

Pero mientras ese tiempo judicial llega, el personal está entretenido con una comisión parlamentaria que se ha convertido en un plató de televisión con tertulia incorporada, donde sus señorías van a pasar el rato, de ahí que Pujol Ferrusola se lo haya zampado con patatas. Es tal la improvisación de unos, el histriónico oportunismo de otros y la ignorancia de todos, que cabe ratificar lo dicho por David Fernàndez, que esta comisión produce vergüenza ajena. Sólo ha servido para que Rivera paseara su verbo lenguaraz por las televisiones españolas y doña Alicia perpetrara una escena de la Inquisición delante del president Mas, por supuesto en castizo, no fuera caso que no se le entendiera en el *Telediario*. Es decir, excepto para arrastrar a la institucional presidencial por el fango del *difama que algo queda,* y para saber que a Pujol se le acaban las pilas del *sonotone,* no parece servir para nada, lo cual conlleva la pregunta del millón: ¿tiene sentido una comisión parlamentaria cuando está abierto un proceso judicial? Más allá del hecho de que los protagonistas pueden mentir –precisamente porque están imputados judicialmente–, resulta patético que todo el aparatoso proceso parlamentario se base en dudosas portadas de periódicos aún más dudosos, y en el correveidile de la calle. Para este viaje no hacían falta las alforjas parlamentarias, porque ya tenemos las tertulias. Lo cual comporta una segunda pregunta incómoda: ¿a qué dedican el tiempo libre los diputados de esta comisión? Porque a prepararse, no parece.●